

# LA ILUSTRACION UNIVERSAL PERIODICO



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 38.—SÁBADO 21 DE SETIEMBRE DE 1850.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y Estranjero: Año 60.

## HISTORIA DE LA SEMANA.



En la *Gaceta* se hallan los siguientes decretos y reales órdenes: decreto con el objeto de facilitar la enagenación de los bienes raíces, censos, rentas, derechos y acciones procedentes de las encomiendas de la orden de san Juan de Jerusalén, declarados en venta por el real decreto de 1.º de mayo de 1848; otro creando bajo la dependencia del ministerio de Gracia y Justicia una dirección de contabilidad de las obligaciones pertenecientes al culto y clero; y una real orden

aplazando para época mas oportuna la convocacion de la Junta de Agricultura que habia de reunirse en el próximo mes de octubre.

Nada de particular ocurre en la península ni islas adyacentes que sea digno de mención. Tranquilidad universal reina por do quiera, habiéndose concluido de sosegar los ánimos con la terminacion de las elecciones, que era lo único que momentáneamente los alterara.

La *Crónica* de Nueva-York trae noticias de la Habana del 19 de agosto, en cuya fecha, dice, no ocurría la menor novedad en aquella preciosa antilla, habiendo calmado completamente la inquietud causada por la invasion de Cárdenas. Parece que los capitanes de los dos buques anglo-americanos capturados en Contoy habian sido condenados a la pena capital.

FRANCIA. Se han publicado en París las listas electorales arregladas a la nueva ley, y de ella resulta que las excepciones son mucho mas considerables todavía de lo que se habia creído. El número de electores inscritos es en el departamento del Sena de 112,245. Las listas por las que se votó en abril de 1849 presentaban un total de 324,369 electores, de forma que han sido rayados 212,124, ó lo que es lo mismo las dos terceras partes de los antiguos electores. Cuando se ha proclamado el principio del sufragio universal y se le deja reducido a tales proporciones, lo mas justo y lo mas leal, seria abolir el principio declarándole incompatible con ninguna forma de gobierno; pero tenerle consignado en el frontispicio de la ley fundamental, y dejarle luego reducido á tan mezquinas proporciones, equivale á burlarse del sentido comun. Otro tanto puede decirse de la mayor parte de los artículos de la Constitución confeccionada por Mr. Marrast.

Todas las miradas están fijadas en el general Changarnier, cuyas acciones y palabras se comentan con avidez. Se supone que habiéndole interrogado un amigo íntimo sobre el partido á que se inclinaria si ocurriese una revolucion, respondió que al partido del orden, y que en todo casi apoyaria lo que la nacion quisiese. Se añadia que habia recibido una carta del príncipe de Joinville, dándole espresivas gracias por la muestra de aprecio que habia dado á la familia de Orleans, asistiendo á la misa celebrada en la capilla de las Tullerías por el alma del rey Luis Felipe. De todas estas indicaciones y de otras mucho mas ligeras todavía sacan los partidos diferentes consecuencias, y todos se hacen la ilusion de creer que pueden contar con el apoyo de un hombre que en el dia es la personificación mas completa de la fuerza.

Tambien se ocupan mucho los periódicos de una carta que ha publicado Mr. Vezin, uno de los individuos mas influyentes de la comision permanente en la Asamblea. Mr. Vezin era napoleonista de origen y orleanista por convencimiento; mas habiendo hecho el viage de Veisbaden, la vista del conde de Chambord, y las conferencias que con él ha tenido la han convertido á la legitimidad. Monsieur Vezin declara en su carta que no hay salvacion para la Francia sino se llama al descendiente de Enrique IV y lo proclama altamente para que sus amigos políticos y los electores que le han favorecido con sus votos sepan claramente que se ha afiliado al partido legitimista. Al mismo tiempo Mr. de la Rochejaquelein publica otra carta manifestando que estando el partido legitimista enteramente subordinado á la voz de su príncipe en la próxima reunion de la Asamblea dará pruebas de que se propone seguir nueva línea política.

Los señores Guizot, Duchatel, Dumon y Montebello, que habian pasado á Claremont con objeto de dar el pésame á la reina Amalia, han regresado á París. Solo han permanecido un dia en Claremont, y en tan corto espacio de tiempo no

han hecho mas que cumplir con los deberes especiales que les imponia su cualidad de últimos ministros del monarca difunto.

El 11 se abrió en Tolosa el concilio provincial. Los padres que le componen se trasladaron procesionalmente desde el palacio arzobispal á la iglesia metropolitana. Su eminencia el cardenal arzobispo no pudo seguir á pié la procesion á causa de los achaques propios de su ancianidad. Iban los señores obispos de Montauban, Pamiers, Carcasona y el auxiliar de Tolosa con los prelados de las órdenes religiosas, los teólogos y canonistas, y los párrocos y demas eclesiásticos. Las tropas de la guarnicion estaban sobre las armas formadas en la carrera. Asistió á la ceremonia un inmenso concurso de fieles. Hace 260 años que no se habia celebrado concilio provincial en la diócesis de Tolosa.

INGLATERRA. Los periódicos de Lóndres refieren un acontecimiento importante ocurrido en aquella ciudad. El mariscal Haynau, que hace pocos dias llegó á aquella capital, fué á visitar en compañía del baron Rothschild, y de dos de sus ayudantes, una fábrica de cerveza. Concluida la visita inscribió su nombre en el registro destinado al efecto, y como conociesen entonces los operarios al visitador, comenzaron á improperarlo é insultarle, llegando al estremo de rasgarle el vestido y de cometer contra su persona actos de violencia. Los ayudantes tuvieron que defenderse á puñetazos, y tanto

ellos como su gefe se dieron por muy contentos cuando se vieron libres de aquellos ataques furiosos.

AUSTRIA. Las cartas de Viena aseguran que se esperaba en aquella capital al emperador de Rusia, que con la emperatriz debe hacer un viage á Italia y pasar á Sicilia donde piensa residir esta durante el invierno á fin de reponer su quebrantada salud. Tambien se esperaba de un dia á otro al conde de Nesselrode y al príncipe de Schwartzenberg, que deben continuar en Viena las conferencias sobre los asuntos de Alemania.

Segun la *gaceta* de Ausburgo, en las conferencias celebradas en Ischl han sido adoptadas las siguientes resoluciones.

La Rusia manifestará al gabinete de Berlin su descontento por la política que la Prusia ha seguido hasta el dia.

El duque Pedro de Oldemburgo será llamado á suceder en el trono de Dinamarca.

El Holstein y el Lauenburgo continuarán perteneciendo á la Confederacion germánica.

La Rusia renunciará á los derechos de sucesion que tiene sobre el Holstein, notablemente sobre Kiel en el caso de advenimiento de la línea de Augustenburgo.

RUSSIA. La noticia mas importante es la de la retirada de Mr Meyendorff, embajador de Rusia en Berlin. Este diplomático opinaba que en las cuestiones políticas debian adop-



El emperador de Austria.





## El hidalgo de Gascuña.

En 1523, florecía en Tolosa-la-sábía un hidalgo gascon, á quien propicia la suerte prodigaba sus favores; y era jovial y franco caballero, abrigando un alma de rey, como entonces se decía, y un estómago de abad. Su elegante y suntuosa casa sita en la calle del *Castillo-verde*, habíase hecho punto de reunion de todos los pelones hidalguelos de aquella ciudad paladina. A fuer de buen gastrónomo y aficionado á francachelas, tenía magníficamente amueblada su bodega con los mejores vinos de nombradía europea; y no se conocía una sola señora entonada ó coqueta, ni bulliciosa ó recatada doncella de medio pelo, que no hiciese figurar la crónica en la lista de conquistas de aquel segundo *Don Juan*. Sus amigos, que muchos contaba, porque era opípara su mesa, figurábanse que cedería la bienanzada y buen humor de tan privilegiada existencia, tras la solemne prueba del matrimonio; pero en esto, como en todo, le preservó su estrella de los harto comunes escollos del casado; y esta lotería moral en que cual humo se desvanecen mil risueñas especulaciones, no hizo mas que prolongar la beatitud que desde su cuna le meciera.

Benedecía, y con razon, su destino el señor de Cuñac: ¿Qué le he hecho yo al cielo, decíase candorosamente á sí mismo, para que me trate de esta suerte? Tengo la honra de ser francés, y gascon á la par, é indigno miembro del *colegio de la gaya ciencia*. Cábeme tambien alguna preza y gloria, porque al cabo soy otro de los héroes de la jornada de Mariñan, en que recibió Francisco I la *orden de caballería* de manos del hazñoso Bayardo. Y dentro de mi casa ¿qué mas pudiera codiciar? soy rico y rebiento de salud: bella y recatada es mi muger; de cuanto gusto, gusta ella, no habla sino es de lo que á agradarme alcance; y con tanto afán me cuida, que hasta me ahorra el fastidio de regañar á mis criados. Amigos tengo mil que me quieren de buena fé, y que sin pretender adularme, son siempre de mi parecer. El sábio padre Bernabé, sobre todo, me profesa el mas cordial cariño, y es hombre de esquisito gusto en sus aficiones; pues que juiciosamente distingue el dulce y colorado zumo de las viñas de Alicante, del verde mosto de la cosecha de su convento.»

Y tenía razon, porque era lo que se llama el mas dichoso mortal. Empero, por lo mismo que el hombre que jamás conoció contratiempo alguno, es incapaz de sentir evaluar su dicha, acabó el señor de Cuñac por fastidiarse viéndose sin cesar mecido en círculo prosáico de monótonas felicidades; de modo que se vió reducido cierta mañana á los mismos apuros que Felipe de Macedonia, y rogó al cielo que le enviase siquiera alguna pequeña desgracia para saber lo que era.

Hízose el sordo el cielo, y vióse Cuñac amenazado de prosperidad eterna. Presta dinero y se lo devuelven, pone á la lotería y saca siempre; desplómase una chimenea sobre su cabeza, y mata al que está á su lado, métese á ciegas en una especulacion que ha arruinado á treinta familias por lo menos, y gana el ciento por ciento. Vuelca todo en torno suyo, y solo él queda en pié: la fortuna le tiene cogido del gaznate, y la prosperidad le ahoga; no tiene duda que al cabo este hombre reventará de dicha.

Sin embargo, el día de San Martín, fiesta de su bienaventurado patron, ocurrióle á Cuñac al despertarse cierta maravillosa idea que con beato recojimiento acarició en su imaginacion. Levántase al fin radiante y ensanchada el alma, y trata de dar á los suyos el espectáculo de una agradable sorpresa, nueva y sobre todo inesperada. Su objeto era nada menos que desaparecer seriamente; pero, no asi como quiera, sino como quien muere de veras, y debidamente se le enterra despues. ¡Cuál se alborozó y ríe *in petto* del súbito cambio que al resucitar va á ver en el semblante de su querida muger, del buen padre prior Bernabé, de sus íntimos amigos y fieles servidores! ¡Cuán dulce transicion aquella de una profunda tristeza á un júbilo sin límites, al caer como si bajara de las nubes en medio de ellos, y al oírle esclamarse: «no lloreis mas, que aquí me tenéis!»

Del mismo modo, algunos años despues, acosado Carlos V por la necesidad, hizo en su convento de Estremadura el ensayo general de su entierro con sus correspondientes trages.

Dióse, pues, por enfermo el señor Cuñac: púsose malo, muy malo, mas que malo todavía. No hubo médico que no dijese que estaba muy de peligro, y no queriendo el penitente sufrir cuatro sangrias, que por preliminares de curacion le recetaron los hijos de Galeno, segun el uso antiguo de la docta facultad, dejáronle desahuciado y abandonado á su suerte.

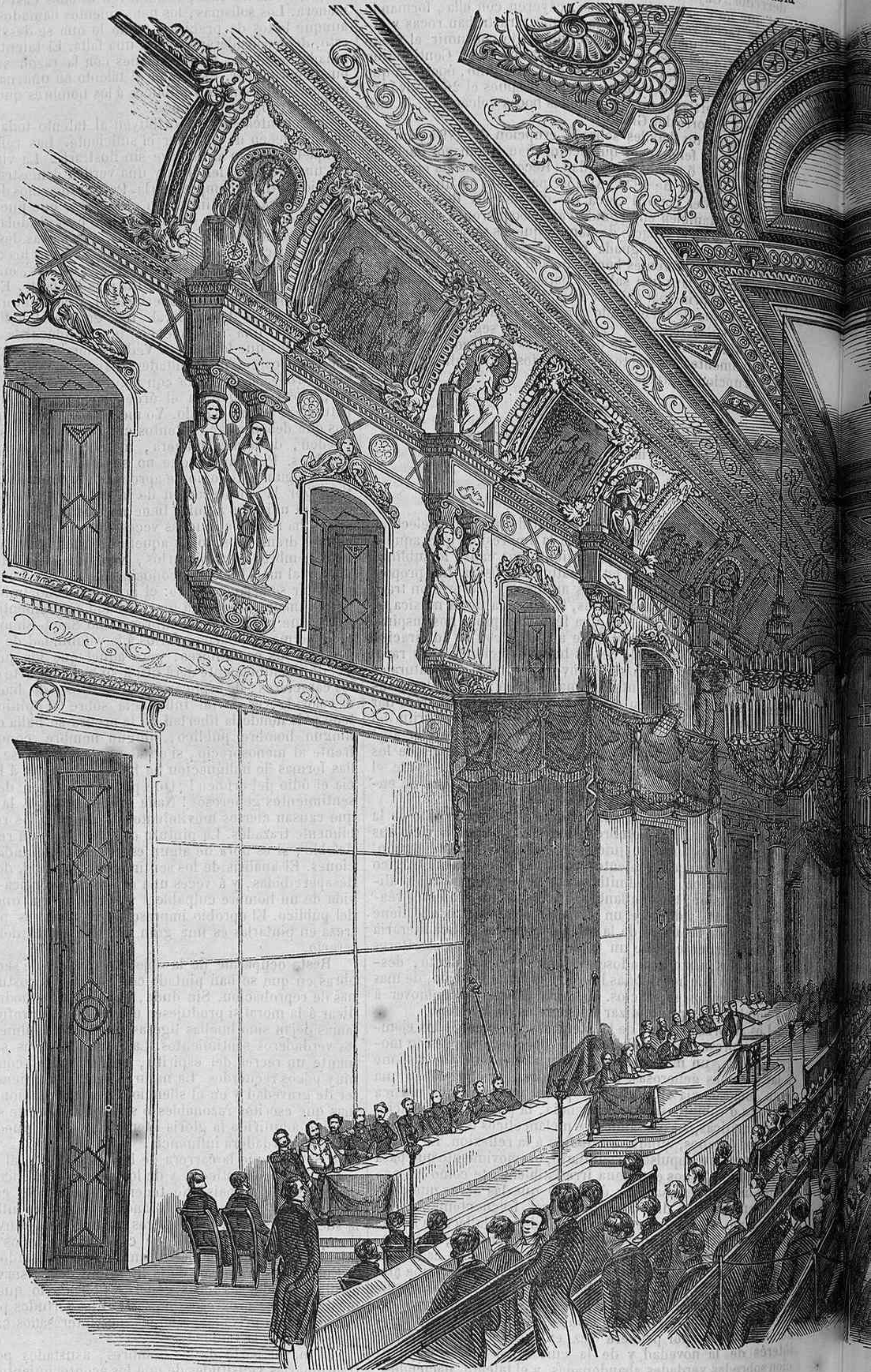
El único fámulo que iniciado estaba en el secreto de aquella farsa, buscó un fornido maniquí, y un rostro de cera parecido á su amo. Hecho esto, esquivose nuestro héroe hácia el camino de Leon, y su familia, anegada en el llanto de la orfandad, llevó pomposamente el maniquí á la parroquia, donde tendidas de luto é iluminadas las naves, pronunció el R. P. Bernabé una elocuente oracion fúnebre, y entonaron los sochantres su *de profundis* de rigurosa costumbre.

Mientras que con tanto fausto hacían las honras del maniquí, encaminábase á Italia el señor de Cuñac, y con el laudable fin de ocuparse en sus seis meses de ausencia, pensó meterse á guerrero, como ya lo habia hecho algunos años antes. Poco tardó en alcanzarle su fámulo Marcelo: contóle este el sentimiento que generalmente habia causado su muerte; escuchó el buen hidalgo con lágrimas de gozo y gratitud; y lo que despertó sobre todo la sensibilidad de sus glándulas lacrimales, fué la dolorosa desesperacion de Castor y sus elígiacos ladridos. Castor era un perro de raza de los Pirineos, tan hermoso como bravío y fiel, criado por el mismo señor de Cuñac.

Pronto espermentó nuestro héroe que no todo son delicias en la profesion de las armas. Tras una reñida singular pelea con cierto caballero aragonés, hubo de sucumbir al fin, y llevóle el vencedor á su castillo, donde estuvo prisionero hasta que se concluyó la guerra. Durante su cautividad, nada sabia el buen hidalgo de Tolosa, ni de su muger, ni de su perro; y desde las rejas de su calabozo, el solo espectáculo que á su vista alcanzaba, era el fantástico juego del humo arremolinado de las chimeneas de Zaragoza. ¡Flaca diversion por cierto para un alma tan sensual como la suya!

Y en todo este tiempo ¿qué habia sucedido en Tolosa? Tan vivo fué el interés que tomaron en la muerte del se-

moso jóven que cual estátua permanecía sin saber que hacerse. Viendo que le tomaba su mujer por un espectro, no sabia



Sala de reunion de los

ñor Cuñac, que no pudo sostenerse por muchos días; porque tal es la suerte de los grandes sentimientos. Su muger por un lado, y sus sobrinos por otro, tomaron posesion de los inmensos bienes que habia dejado, resignándose al cabo todos á olvidar de buena fé al difunto.

Tal era el estado de cosas cuando de repente apareció Cuñac en su casa, deleitándose anticipadamente en la agradable sorpresa que iba á dar á su familia. Entró, pues, y halló á la señora sentada en su poltrona y ocupada, como por costumbre lo tenia, en bordar chucherías para la Virgen del Buen Socorro, á su lado tenia un fresco adolescente de elegante apostura que narraba historietas á la señora con el fin de distraerla del fastidio de la viudez. Acercósele Cuñac con todo el afán de un tierno marido: quizá soñaba en él Agnés; todo puede ser; pero no hay duda que estaba muy lejos de esperar semejante visita. Asi es que no bien conoció aquella sombra, persigiose una y otra vez, echándose de rodillas ante la imagen del bienaventurado San Saturnino. «¡Ay querido esposo mio! esclama; no me hagas daño, por Dios: que harto sabes que jamás te dí que sentir.» Quiso adelantarse mas el héroe: «¡Virgen del Amparo! Grita ocultándose el rostro; no me toques, esposo mio: vuélvete al cielo: vuélvete, por Dios! Y si tu alma está tal vez en pena, yo te prometo dos misas; pero retirarte, te ruego, porque me haces morir de miedo.»—Y temblando y medio muerta, echóse en brazos de her-

el buen hidalgo si echarse á reír ó á llorar; y para darla á ella tiempo de volver en sí, dirigióse al convento del R. P. Bernabé y colóse en la celda del prior. Acababa el santo padre de copiar el sermón de un misionero de Provenza; para el primer domingo cuaresmal, que iba á aplicarlo apostólicamente á su uso. Versaba el sermón en las apariencias que toma el espíritu maligno para tentar á los siervos del Señor, y habia de predicarlo en cada uno de los infinitos conventos de monjas que en Tolosa hormigueaban á la sazón. Apenas abrió la boca el señor de Cuñac para darse á conocer á su antiguo amigo, cuando embobado el fraile en el argumento de su sermón, se quedó de susto hecho una momia. Sentido el buen hidalgo del espanto de su mujer y de la inmovilidad del Padre Bernabé, cogió réciamente al grueso prior de la punta de su manga. A tan brusco sacudimiento, sale de su estupefaccion el fraile, como de una fiesta tras opípara comilona; pero entre el miedo del diablo á quien atacaba en su sermón, y la ligereza del señor de Cuñac, que solo Belcebú era capaz de tomar en aquel momento, precipitóse hácia la puerta, gritando con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Vade retro, Satanas!

Desconcertado con semejante insulto, fué en derecha Cuñac á la casa de sus sobrinos, y solo encontró al mas jóven de los tres: ¿Me conoces? dijo al entrar. El muchacho, que no creía en brujas ni en espectros, soltó una carcajada, y tan de alma que exclamó su tío lleno de satisfaccion: ¡Ben-

dito sea Dios! Alguno al fin me habia de conocer. Y en esto entró en materia, contando á su sobrino lo que acababa de

valor, y hubiera confesado que era en efecto diablo y cuanto quisiesen, á no interrumpir la inquisitorial escena ciertos

vuelta iba á desordenarla en sus nuevos gustos y modo de vivir, porque Agnés era sumamente metódica y habiase hecho ya á las costumbres de viuda. Sin embargo, ella fué la sola que siguió el ejemplo de Castor; pues que sus herederos insistieron en no reconocerle por tío y se atascó el P. Bernabé en su oracion fúnebre. En cuanto á la restitucion de los bienes, ni siquiera trató de ello, porque ademas del trastorno que hubiera traído á las familias un movimiento retrógrado, habia abierto su sucesion el *parlamento* de Tolosa, y era tribunal que no podia engañarse, ni volver atrás su sentencia.

Por fortuna de Cuñac, el escribano que hacia valer su libro protejiendo al amo de Castor, tenia una hermana, primera camarista de la condesa de Chateaubriand, que presentó nuestro héroe y su perro á la querida del Rey, y tomándolos en gracia, hizo conceder al hidalgo una mediana pension.

Pero el capricho de aquella muger lo destruyó el antojo de su rival. Al desbancar Ana de Pisseleu á la condesa de Chateaubriand del carino del monarca, quedó el pobre Cuñac sin gracia, y sin pension. Su muger Agnés habia legado al morir todos sus bienes á un convento; sus antiguos amigos no querian conocerle en la miseria, y la fortuna que tantos tesoros le prodigara en otro tiempo, deparábale aun otra mayor desgracia, cual fué la de quedarse ciego. Por largos años se le vió pues arrastrar su deplorable existencia en los umbrales de las iglesias que habia adornado antes con su munificencia, y en las calles y plazas mendigando el pan de piedad á los antiguos parásitos de sus festines. Un perro le servia de guía; era Castor.

En dias de desgracia, abandonados de vuestra muger, despojados por vuestros colaterales, calumniados por vuestros aduladores, ¿quereis que os quede un consuelo y un amigo? Criad un perro.

UNA CONFESION.

Era de noche. El último reflejo del moribundo sol penetraba en la iglesia por entre sus pintados vidrios, y un silencio imponente reinaba en el templo del Señor.

Una candorosa niña, de talle esbelto, lijera mas que el aire y en traje de vestal, se adelantaba lentamente y con los ojos clavados en el suelo: la timidez daba mas realce á sus mejillas coloradas.

Dirijióse esta interesante criatura hácia el tribunal de la penitencia, presidido por un anciano sacerdote.

Arrodillase la penitente en el confesonario, y reza sus oraciones preparatorias con mal segura voz.

Empieza en seguida la retaila de pecados veniales; primero por los de menos bulto y reservando para el fin los mas enormes y graves; tales como el robo de las manzanas de la superiora, una que otra mentirilla para evitar el castigo, y tal cual rabieta que tomara por injustas reprensiones.

Y de repente vaciló, y hundiendo los ojos en tierra cerró sus labios.

Vamos hija mia, dicele el viejo confesor, continua; no te cortes ni te dé vergüenza. Compra con una confesion sincera la absolucion de tus pecados.

Padre, responde, la tímida páryula, no me atrevo.

Animábala el cura; pero ella con sus manos se cubrió el rostro, y las lágrimas saltaban por entre sus delicados dedos.

Vaya, hija mia, no te aflijas que á todos alcanza la misericordia del señor. ¿Has leído algun libro malo?—No padre.

¿Has injuriado á tu padre ó á tu madre?—¡Ojalá fuera eso y no mas!

¿Blasfemaste contra el santo nombre de Dios?—No padre; mas que eso aun.

¿Has invocado al diablo?—No padre.

¿Te has reído en misa?—¡Ay padre! nada es eso en comparacion....

Calló un momento el confesor, que estaba ya en brasas y tan sobresaltado como su penitente misma. Ya no sabia tampoco qué rodeos pudiese dar á su interrogatorio, de miedo de sembrar en aquella imaginacion virgen ideas todavía desconocidas. Sin embargo, era el pecado probablemente muy grave, y el confesor pensó entre sí que habia nacido amorio de por medio. Poco tardó la penitente en sacarle de semejante duda.

«Padre, le dijo, voy al fin á confesarlo todo, mas que me cueste la vida. Dios me da fuerzas para hablar; pero, por sus llagas, sea V. indulgente con esta pecadora infeliz. Es la sola y primer vez de mi vida, y no sabia el remordimiento que se me habia de seguir. Pero, padre, me tentó el enemigo. ¡Era tan hermoso y de un mirar tan seductor!....»

El confesor se estremeció.

—¡Tan dulce, tan cariñoso! continuó la penitente.

Y el cura sudaba ya como un pollo.

—¡Me queria tanto! dijo la niña.

Y frunció el confesor las cejas.

—Y luego que me seguia á todas partes: era la sombra de mi cuerpo.

—Todos son asi, murmuró entre dientes el anciano; pero la jóven conmovida no le oyó, y continuaba en su narracion.

—Una noche, una aciaga noche entró en mi cuarto.

—Pero, ¿sin que nada mas sucediera? preguntó sofocado el confesor.

—¡Ay padre, respondia la niña; aquí empieza mi debilidad.... y mi crimen.

—Continua, dijo el cura persignándose.

—Aquella noche estuvo él conmigo mas cariñoso que nunca: esforzóse en acariciarme, y yo, ¡pecadora de mí! ¡sucumbí al cabo á la tentacion!

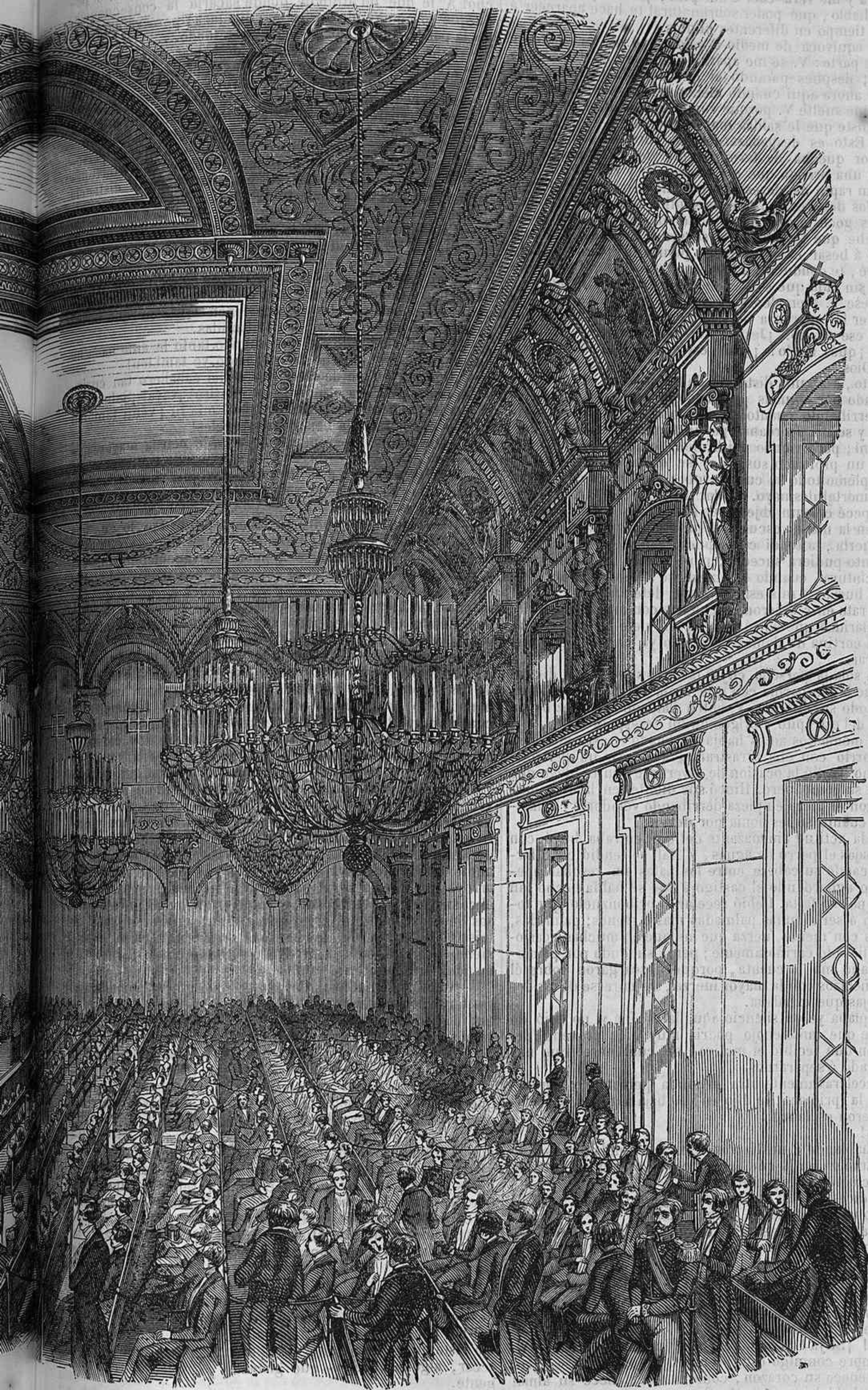
—Pero, ven acá, hija mia, ¿cómo no ha tenido mas cuidado tu madre en guarecerte contra semejantes peligros?

—Ahí tiene V.... nunca me habia prohibido mamá el acariciar á los gatos.

—¡Acabáras! Esta es ya harina de otro costal. Con que ¡fué un gato el que entró en tu cuarto?

—Si padre; un gato de Angola, hermoso, rollizo, grande, blanco como la nieve, que robé á la tornera del convento.

—In nomine patris et filii et spiritu-sancti, ego te absolvo; dijo entonces vuelto del susto el co: JEOR.



Estados Generales de Prusia.

sucederle con su muger y el reverendo prior, quienes le habian tomado por alma del otro mundo, siendo asi que era de carne y hueso; y hablóle por último de la restitucion de los bienes, de que habian tomado posesion, figurándole muerto. Era su sobrino de génio alegre y chocarrero como buen borbón, y díjole soltando otra récia carcajada: «Vaya vd. con delés, y díjole soltando otra récia carcajada: «Vaya vd. con Dios buen hombre: que bastante le hemos llorado ya.»

Encolerizóse Cuñac, y al ruido acudieron criados y vecinos. Unos decian que no podía ser el hidalgo Cuñac, puesto que habia pronunciado su oracion fúnebre el P. Bernabé; añadian otros que ellos mismos habian asistido al entierro; estos, que en sus exequias llevaban un cirio de la cofradia de los penitentes; aquellos, que á pesar de su facha sepulcral, se conocia que era algun mal intencionado; y en medio de semejante reyerta, presentáronse tres familiares del Santo Oficio con un alguacil, que prendiéndole en nombre de la inquisicion, le llevaron mal que le pesára á los calabozos del tribunal de la fé.

Inútil es hablar del interrogatorio que sufrió el penitente y del tormento del agua que le aplicaron á fin de que declarase por fuerza que el demonio se habia apoderado de él, y de cual clase y órden era. Resistió el hidalgo los seis primeros vasos que le hicieron tragar; pero asi que le tendieron en un tablado, metiéndole entre los labios un ancho embudo para atragantarle á fuerza de líquido, le faltó entonces el

abullidos que de repente retumbando en aquellas tenebrosas bóvedas, esparció el espanto en sus verdugos.

Y era Castor, el fiel, el terrible Castor, que husmeando halló en casa el rastro de su amo, que le siguió al convento del P. Bernabé, y despues de calle en calle hasta la inquisicion, donde entró por descuido de los porteros. Impaciente, inquieto, furioso, parecia que preguntaba Castor por su amo. Vele por fin, atraviesa por entre todos, salta á la mesa, lame las manos de su dueño, y recuéstase á sus pies como para servirle de antemural y defensa. ¡Desdichado del que se le acerque!

La intervencion de Castor cambió subidamente el destino del señor Cuñac. A bien librar, hubiera salido condenado por lo menos á encierro perpétuo, despues de figurar en un *auto de fé*; mas el testimonio de su perro fué un rayo de luz que penetró en la conciencia del escribano, hombre muy sábio, que precisamente entonces escribia una discreta disertacion sobre el alma de las bestias. Como vino Castor en apoyo de su sistema, demostró el escribano al inquisidor que jamás los perros fueron testigos de fé dudosa en ningun pais del mundo; probando ademas que no era Cuñac diablo disfrazado, puesto que no olia á azufre como otros que habian castigado en aquel santo tribunal.

El testimonio del perro hizo tambien que al cabo le conociera su esposa, aunque bien se le podia alcanzar que su





## LA VENDIMIA.



es bien temible: Emma cedió á las persuasiones de su amante, y una noche abandonó su casa, protegida por su criado William que había favorecido sus amores. Fitz-James tomó en sus brazos á Emma, que vacilaba entre el amor y el deber, y la condujo á un coche, donde la infeliz permaneció mas de una hora sin sentido. Por fin, las caricias de su amante y de la pobre Juanita, que este había tomado para su camarera, la hicieron volver en sí, y en un pueblo cerca de Oxford, en una mala capilla, un hombre que se decía ministro los unió. Emma disfrutó pocos momentos de felicidad. A los cinco meses de su union anunció á Fitz-James que llevaba en su seno una prenda de sus amores, y pocos meses despues dió á luz felizmente un niño. Entonces espermentó Emma la dulzura del amor materno, acibarada sin embargo al ver la frialdad de Fitz-James.

Un día entró este en su cuarto, y con notable serenidad le anunció que iba á marchar, dejándola, y llevándose su hijo. Imposible es de describir el dolor de Emma, quien le amenazó por último con que se quejaría al juez de paz para que le hiciese entender los deberes de padre y esposo. ¡Cuánto no debió costarle á la infeliz esta amenaza! Fitz-James se sonrió malignamente, abrió una puerta, é introdujo á un hombre que Emma reconoció por el ministro de su casamiento. «Este no es ministro (esclamó el malvado con una sonrisa feroz)... mira si tú serás mi esposa...» Emma no pudo sufrir mas, y cayó desmayada.

Al volver en sí se encontró sin su hijo y sin Fitz-James: solo Juanita no la había abandonado, y le prodigaba su cuidado y sus caricias. Una fiebre ardiente la devoraba, y su vida se hallaba en inminente peligro. Tal vez hubiera sucumbido bajo el peso de sus penas, á no ser por la resistencia de su juventud.

Convaleciente de su enfermedad recibió una carta del fiel William con noticias que de nuevo la llevaron al borde del sepulcro. Su padre había muerto de sentimiento por su huida: su hermana Carolina había tomado la administracion de los bienes de la casa hasta que ella se presentase. Decíala además William que si no quería volver á la casa paterna, se mantuviese en el pueblo donde se hallaba, y al que él iría á buscarla dentro de poco. A estas noticias acompañaba una letra de 400 libras esterlinas.

Por Emma deseaba morir ignorada. Recogió todas sus alhajas, y alquiló una casita modesta en Little-Town. Juanita era la única que la consolaba; y entre las penas y la soledad pasaba tristemente su vida una de las mas bellas jóvenes de los tres reinos, bajo el supuesto nombre de miss Villars.

Entretanto Fitz-James no gozó un momento de felicidad. El remordimiento principió á brotar en su corazon. Cuando recibia los cariños de su hijo, se le despedazaba al contemplar que había sacrificado á Emma. Ni los placeres de Londres pudieron distraerle; y al cabo de dos años, sinceramente arrepentido, marchó con su hijo al pueblo donde este había visto la luz del día, deseoso de enmendar en lo posible las consecuencias de su maldad. Vanamente buscó á Emma: nadie le supo dar razon de su paradero; y lleno de los remordimientos mas atroces, se decidió á buscarla á la ventura. Largo tiempo fueron vanas sus correrías: pero una casualidad ó su destino, le condujo á Little-Town á la misma época que apareció allí el maese Dickson, el famoso charlatan.

Despedido este por su nueva ama Carolina, por haber descubierto su intervencion en los amores de su hermana, quiso buscar á su antigua y buena ama miss Emma. Sus diligencias fueron inútiles. No teniendo medios para vivir con descanso, y al mismo tiempo con objeto de ver si encontraba á su señorita á quien amaba de corazon, disfrazóse, y empezó á correr los pueblecillos de Inglaterra, bajo el nombre de Dickson, pronosticando el porvenir y sacando el dinero á los sencillos aldeanos.

Nuestros lectores saben ya qué concurso de circunstancias ha hecho reconocerse á estas tres personas en la plaza de Little-Town.

## III.

Larga fué la conversacion que tuvieron Miss Emma Ches-terfield y su antiguo criado William despues de su reconoci-

miento, y es probable que versase sobre todo, acerca de los pormenores que se acaban de referir. Concluida su conferencia, pasó el desmascarado charlatan á casa de Fitz James: este le conoció al momento, y tambien uno y otro se mantu-



Honorato Balzac.

Pasados algunos momentos, llamó Emma á su esposo, y á presencia de William y de Juanita, le habló de esta suerte:

«Fitz-James, habeis reparado la ofensa que en otro tiempo hicisteis á mi honor; pero no por eso creais que todo se ha terminado. Hoy estaré en vuestra casa; á la noche me trasladaré á la mia: vos dejareis mañana este pueblo, y no nos veremos mas... tengo que pedir os una gracia... las penas me han debilitado mucho, extraordinariamente... conozco que viviré poco... quisiera por tanto que mi hijo me acompañase hasta que espire... en seguida, vos cuidareis de él.»

En vano Fitz-James, deshecho en lágrimas, se arrojó á los pies de su esposa: en vano la rogó que no le abandonase. La resolusion de Emma estaba tomada irrevocablemente. Apenas sonó las diez de la noche el reloj de la parroquia, cuando tomando al niño de la mano, y alargando la suya á Fitz-James, que la besó lleno de emocion, pronunció un *A Dios para siempre*, y desapareció de la vista de su esposo.

El dolor de este no tuvo límites; y al día siguiente partió para Londres, obedeciendo las órdenes de Emma.

Emma volvió á su vida acostumbrada, pero no con tanto desconsuelo. Su sombría tristeza había desaparecido: al lado de su hijo, asistida de William y de Juanita, se consideraba feliz.

Pero solo disfrutó esta dicha cuatro años: un día que su camarera subió á su habitacion extrañando su tardanza, halló que la victima de la seducción ya no existia.

Fitz-James lloró acerbamente á su esposa, vivió siempre rodeado de remordimientos, y la siguió en breve á la tumba.

El huerfanito Arturo, recogido por su tia Carolina, fué siempre feliz porque siempre fué virtuoso. Tambien lo fueron William y Juanita, unidos ya desde la vida de Emma, y que no dejaron á su hijo. A William le quedó el nombre de sus disfraces: cuando en su edad avanzada salia á tomar el sol en las bellas mañanas de invierno, las muchachas del pais de Gales le llamaban riéndose, maese Dickson y el Charlatan.—*Clementina F. L. P.*

vieron encerrados largo rato. De sus resultados volvió William á casa de su ama, y apenas le hubo manifestado los sentimientos y las intenciones de Fitz-James, cuando lució una fugaz alegría sobre la frente de la infeliz.

«Al fin (esclamó) me será licito abrazar á mi hijo.» Y diciendo esto, lloraba: pero sus lágrimas eran dulces, y no de desesperacion: Juanita lloraba tambien, y saltaba al mismo tiempo de gozo.

Vino entretanto la mañana siguiente, y es probable que ninguno de nuestros actores hubiera dormido aquella noche, para ellos eterna. Juanita hizo vestir á su ama con ostentacion, y acompañadas de William, salieron para la iglesia donde las aguardaba Fitz-James.

Esta noticia había cundido en el pueblo. Desde muy temprano estaba la parroquia llena de curiosos, atraídos por la funcion que se preparaba. Todas las que el día anterior habían acudido á ver al charlatan, venian ahora á presenciar el efecto que el mismo maese Dickson había producido. «Mira tú, Betty (decia una joven hablando á su compañera) mira tú si tiene razon mi abuelita: estos hombres saben y pueden mucho. Mira cómo le ha traído á la extranjera su... ¡asi quisiera hacer que viniese pronto mi Jorje!—Pero tu Jorje está en la Jamaica, y cuando hay mar de por medio, no pueden nada las oraciones de estos hechiceros.—¡Si! calla, no digas esa palabra, no sea que se venga, y nos convierta...—«Callad, habladoras (dijo volviéndose la muger del albeitar): ¿no veis que estamos en el templo?—«¡Pues! que callemos... ¡Cómo á V. le ha dicho ya su buena ventura!»

Se elevó entonces un murmullo, y todos se empujaron sobre las puntas de los pies para ver á Emma y á Fitz-James que entraban. Las pobres gentes de Little-town se admiraban de la hermosura y ricos adornos de la incógnita. Esta manifestaba melancolía, pero serenidad; Fitz-James iba lleno de zozobra y turbacion. Concluida la ceremonia de su union, condujo este á su esposa á la habitacion que él ocupaba. Emma disfrutó allí del placer mas puro, abrazando á su querido hijo.